

Maestría en el Tapiz

Exposición de Tapices de Cecilia Brugnini en la Galería Karlen Gulgemeier, Edificio Ciudadela, Sarandí 690, horario comercial. Entrada libre.

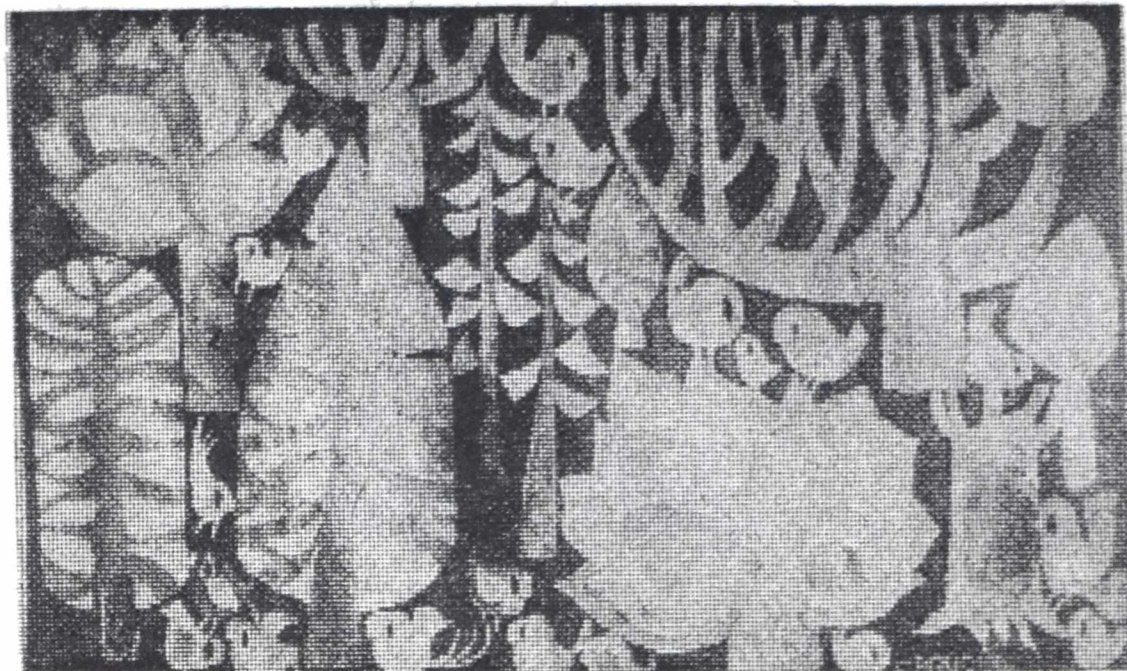
Cecilia Brugnini es una luminaria dentro del arte del tapiz nacional. En poco más de un lustro de trabajo, sólo siete años (comienza en 1964, con carácter autodidacta) se destaca desde el comienzo por una manera de decir en la que vuelca la más ingenua y prístina emoción. Descubre en su colorido vibrante, en la densidad de sus texturas, nuevos niveles de la sensibilidad, que habían permanecido ocultos para las otras expresiones plásticas. Se produce casi diríamos un milagro de comunicación, y la aceptación es unánime, tanto a nivel de los especialistas críticos y mundo artístico como en el ámbito del público en general.

Rápidamente hace escuela. Recientemente tuvimos oportunidad de elogiar los trabajos de una de sus alumnas, Ana María M. de Abbondanza. También los tapices de la Sra. de Damiani tienen como antecedente directo a Brugnini. Su tapicería, con coloraciones francas, cálidas, y desbordantes, abren la puerta ancha del optimismo y de un impetuoso amor a la vida.

Por su misma naturaleza y la calidad de los materiales con que se realiza, el tapiz ha estado siempre en condiciones óptimas para expresar ese cúmulo de sentimientos vitales, antes incluso de que ellos lleguen a concretarse en una cosmovisión. Así ocurrió también en Arras y París en donde llega a anticiparse por lo menos en un siglo a la pintura.

Hay razones profundas que justifican y explican el florecimiento de la tapicería en nuestro medio. La falta de un acendrado sentido individualista, se percibe en el arte uruguayo en el fenómeno único en el continente de la escuela Torresgarcía. Ese auge y expresión de un estilo pictórico como forma genérica de decir, está indicando la preeminencia de un sentido colectivo. Ello y su correlato, la visión planista, constituyen el background fundamental sobre el que se va a asentar el tapiz.

Por otro lado el "Constructivismo" del maestro Torres, instaura un estilo decorativo bien característico, posiblemente no explotado por sus sucesores en toda su dimensión. Queda probado a través de tales hechos, la real existencia de un sentimiento decorativo que ha de expresarse y culminará en la tapicería.



La cultura uruguaya ha acusado en los últimos tiempos un auge de la imaginación en literatura, en el arte de los jóvenes dibujantes y artesanos, y en el descubrimiento de formas de la convivencia.

A Cecilia Brugnini le cabe el gran mérito de realizar una revalorización de la fantasía con sus dibujos de niñas con los cabellos ondeantes como olas, de pájaros, árboles y hojas desplegadas con profusión sobre el fondo, y en un vértigo cromático. Por la tensión emocional de la que aparecen cargados sus tapices, pulsada con sabiduría y hondura, nos recuerdan a aquel momento culminante del arte de la tapicería: la época de las "verdures" francesas.

Son siempre razones sociológicas las que aseguran la eclosión de una manifestación artística. Ya indicábamos en otra nota sobre el tapiz uruguayo, el sentido hedonista de nuestro pueblo, capaz de ponerse a disfrutar de las delicias naturales, posponiendo cualquier problema de alcance nacional, por más urgente que éste sea.

Un clima con fríos intensos en invierno, y veranos en donde en los balnearios más renombrados siempre decae la temperatura al atardecer; y el espíritu nómada de un sector de la población que trasplanta sus casas de la ciudad, a la zonas de veraneo, año a año son todas circunstancias propicias para el desarrollo del tapiz, fácilmente desmontable y arrollable. Cada vez con mayor seguridad y dominio avanza Cecilia Brugnini con pasos muy contro-

lados en la estética del volumen. Algunas veces agrega como lo hicieron los Dadá y luego los "Pop" objetos, por ejemplo una campanilla con lo que logra incrementar el valor estético de lo cotidiano.

Otras veces resuelve una figura con volumen, dándole relieve descuidado por medio del tejido. El realismo mágico que elabora no le quita lirismo a la composición, sino que provoca una suma de sensaciones: a las visuales se unen las táctiles. Siempre la masa que avanza hacia adelante subraya su fino humor.

Cecilia Brugnini no es una intelectual sino una creadora de notable intuición. Se pueden descubrir en sus modos de composición algunas pautas que nos permiten adentrarnos en su mensaje. Dos principios parecen regir cada una de las piezas: unidad y multiplicidad. La unidad aparece dada por el objeto elegido, cuyo registro no es excesivo y ya los enumeramos al pasar: pájaros, hojas, árboles, niñas, y algunos animales domésticos; gatos, caballos, gallinas polluelos. Por separado son multiplicados sobre la superficie y al repetirlos obtiene el máximo de sugerencia formal.

Uno de los pilares sobre los que se sustenta el singular valor del aporte de la excepcional artista uruguaya es el de ser capaz de colmar la sed creciente de goce sensoriales, aferrándose a una imagen ingenua que quiere a toda costa preservar la identidad de un pueblo.

M. L. T.